

EL HUMOR COMO RESILIENCIA EN VIKTOR FRANKL

Pablo ETCHEBEHERE

Resumen

El propósito de este trabajo es mostrar el humor como forma de resiliencia. A su vez intenta mostrar el lugar que la comedia y la tragedia tienen en nuestra cultura más allá de las formas artísticas en que éstas se representan. Finalmente, intenta rescatar el tema del humor desde una perspectiva filosófica.

Abstract

Humour as resilience in Viktor Frankl

The purpose of this paper is to show humour as a form of resilience. Also it tries to show the place that comedy and tragedy have in our culture, beyond the art forms in which they are represented. Finally, it attempts to rescue humour as subject from a philosophical perspective.

Palabras clave: Humor. Resiliencia. Frankl. Filosofía.

Key words: Humour. Resilience. Frankl. Philosophy.

Introducción

No cabe duda que el tema de la resiliencia ha suscitado cada vez más interés en los últimos años. De ahí la oportunidad de realizar una lectura de dicho tema desde la perspectiva de la logoterapia. Y cuando uno escucha el término resiliencia y lo quiere estudiar en el marco del análisis existencial se presenta en el horizonte el tema de la “capacidad de oposición del espíritu”. Ahora bien, ¿es la única forma de tratar sobre la resiliencia en logoterapia? ¿No habrá otra forma de plantearla que no sea

como lucha frente a la adversidad, de sobreponerse a las dificultades? Plantear el tema de la resiliencia solo desde la perspectiva de la capacidad de oposición del espíritu ¿no puede parecer algo sombrío y poco esperanzador?

Al intentar, entonces, pensar la resiliencia desde la logoterapia vinieron a mí aquellos textos donde Frankl hacía mención al humor en el campo de concentración: “Se cantaba, se recitaban poemas, se contaban chistes que contenían alguna referencia satírica sobre el campo. Todo ello no tenía otra finalidad que la de ayudarnos a olvidar y lo conseguía. Las reuniones eran tan eficaces que algunos prisioneros asistían a las funciones a pesar de su agotador cansancio y aun cuando, por ello, perdieran su rancho de aquel día. El buen humor es siempre algo envidiable” (Frankl, 1996, p. 29). Y del mismo modo “los intentos para desarrollar el sentido del humor y ver las cosas bajo una luz humorística son una especie de truco que aprendimos mientras dominábamos el arte de vivir, pues aún en un campo de concentración es posible practicar el arte de vivir, aunque el sufrimiento sea omnipresente” (Frankl, 1996, p. 30).

Así entonces, el humor se manifiesta como “otra de las armas con las que el alma lucha por su supervivencia”(Frankl, 1996, p. 30). Pero el humor es más amplio, no aparece solamente cuando el sufrimiento es omnipresente sino también cuando algo bello irrumpe. Así nos dice Frankl (1978) que “el hombre puede, incluso, hallarse obligado a la alegría. En ese sentido, podríamos decir que no cumple con su deber, en cierto modo, el que viaja en el tranvía vuelto de espaldas a una espléndida puesta de sol” (p. 89-90).

A partir de estas citas notamos cómo el humor proporciona ese “distanciamiento necesario para sobreponerse a cualquier situación penosa” (Frankl, 1996, p. 30), pero también permite fundirnos, identificarnos con aquello bueno que tiene la vida. De este modo el humor se planta tanto ante el mal, frente al cual establece distancia, como ante el bien, en tanto que lleva a la unión con él. Por lo tanto parece oportuno pensar la resiliencia desde la perspectiva del humor. Pero al emprender la marcha también vino a mí otro texto, aquél que refiere la disputa entre Jorge de Burgos y Guillermo de Baskerville en la novela de Umberto Eco *El nombre de la rosa*. Ambientada en un monasterio medieval es una novela poli-

cial pero que, podríamos decir, es una meditación sobre la risa en la vida espiritual. Vayamos a uno de los textos claves, en el que disputan dos de sus protagonistas.

“-Se habló de la risa -dijo secamente Jorge-. Los paganos escribían comedias para hacer reír a los espectadores, y hacían mal. Nuestro Señor Jesucristo nunca contó comedias ni fábulas, sino parábolas transparentes que nos enseñan alegóricamente cómo ganarnos el paraíso, amen.

-Me pregunto -dijo Guillermo-, por qué rechazáis tanto la idea de que Jesús pudiera haber reído. Creo que, como los baños, la risa es una buena medicina para curar los humores y otras afecciones del cuerpo, sobre todo la melancolía.

-Los baños son buenos, y el propio Aquinate los aconseja para quitar la tristeza, que puede ser una pasión mala cuando no corresponde a un mal susceptible de eliminarse a través de la audacia. Los baños restablecen el equilibrio de los humores. La risa sacude el cuerpo, deforma los rasgos de la cara, hace que el hombre parezca un mono, [concluyó Jorge].

-Los monos no ríen, la risa es propia del hombre, es signo de su racionalidad.

-También la palabra es signo de la racionalidad humana, y con la palabra puede insultarse a Dios. No todo lo que es propio del hombre es necesariamente bueno. La risa es signo de estulticia. El que ríe no cree en aquello de lo que ríe, pero tampoco lo odia. Por tanto, reírse del mal significa no estar dispuesto a combatirlo, y reírse del bien significa desconocer la fuerza del bien, que se difunde por sí solo. Por eso la Regla dice: “Decimus humilitatis gradus est si non sit facilis ac promptus in risu, quia scriptum est: stultus in risu exaltat vocem suam.”

-Quintiliano -interrumpió mi maestro- dice que la risa debe reprimirse en el caso del panegírico, por dignidad, pero que en muchas otras circunstancias hay que estimularla. Tácito alaba la ironía de Calpurnio Pisón. Plinio el Joven escribió: “Aliquando praeterea rideo, jocos, ludo, homo sum”. (Eco, 134-135)

Luego de esta disputa dialéctica y erudita uno se pregunta ¿cuál de los dos tiene razón? ¿El monje bibliotecario o el fraile mendicante? La elección no es fácil y la discusión recorre -los textos citados por Eco lo atestiguan- gran parte del pensamiento medieval. Como dice Jorge de Burgos parece que la risa afloja al alma, y siguiendo la etimología de la

palabra “humor”, la risa vuelve al hombre “líquido”, sin forma y por lo tanto ni combate el mal ni se afirma en el bien. Pero también forma parte de lo humano el reír, el jugar... entonces, ¿qué lugar guarda la risa, el humor, en la vida del hombre? Y aún más, ¿por qué la filosofía no le ha prestado suficiente atención?, ¿o será porque acaso no lo requiere por su superficialidad, por su banalidad?

Queda así definido el ámbito que hemos de recorrer. En primer lugar debemos ver el lugar que el humor juega en la vida del hombre. Para eso nos abocaremos a dos temas: el de la tragedia y el de la comedia, siguiendo las ideas expuestas por G. Hegel (1989) en sus *Lecciones de Estética* y por H. Bergson (1959) en su escrito sobre *La Risa*. En segundo lugar confrontaremos el tema de la comedia con el pensamiento de Viktor Frankl para ver su profundidad y la necesidad de un rescate del tema

La tragedia y la comedia en Hegel

Hay que reconocer que la tragedia parece gozar de mayor profundidad que la comedia y que los actores de tragedias parecen ser más importantes que los comediantes. También hay que reconocer que en los estudios sobre la axiología frankliana los valores de actitud ejercen un mayor atractivo que los demás valores, ya de creación o vivenciales.

En la tragedia el héroe aparece como algo sobrehumano, como una obra escultórica, ni come ni bebe, ni siquiera se sienta... hasta su forma de hablar es especial: habla en verso. El héroe se muestra siempre superior a todos los demás mortales, ya sea porque sobre él caen las furias de los dioses, ya sea porque su carácter lo lleva a llevar sobre sí el peso del drama. Como afirma Hegel: “en la tragedia los individuos se destruyen por la unilateralidad de sus sólidos querer y carácter, o bien deben asumir resignadamente en sí aquello a que de modo substancial se oponen ellos mismos.” (Hegel, 1989, p. 859). Así entonces, el héroe poco tiene que ver con el hombre común (llama la atención como desde hace unos años los films cinematográficos exploran el tema del héroe que quiere ser un hombre común; por ejemplo: Los increíbles o Hancock).

Junto a esta visión del hombre como héroe que se autoconstruye, frente a los dioses, frente al destino o frente a sí mismo, otra nota sostiene a la tragedia: en ella siempre hay destrucción y lucha, ya sea porque los dioses irrumpen en el mundo y disputan entre sí o con los hombres; ya sea porque, como dijimos, el héroe cae bajo el poder de su sino. Como bien señala Hegel “la gloria de los héroes es ser culpables, haber hecho efectivamente lo que han hecho. “(Hegel, 1989, p. 869). De este modo saldan su deuda con la finitud.

Antes de avanzar debemos hacer una distinción no menor. En la tragedia hay que distinguir dos formas. Por un lado está la tragedia que termina en el desastre, en la destrucción total. Por otro, está la tragedia que termina en reconciliación. La primera, que podríamos llamar tragedia clásica, aparece en la Grecia Antigua con Esquilo, Sófocles, Eurípides. La segunda aparece con el Cristianismo. Aquí también hay lucha, hasta fracaso, pero finalmente llega la salvación, y el héroe se reconcilia ya con los dioses, ya consigo mismo (cfr. Steiner, 2012). Podemos entonces decir que la segunda tragedia no es propiamente tragedia porque concluye bien. ¿No corresponde a nuestros tiempos un tanto líquidos, un tanto indolores este tipo de tragedia? ¿o no será ella propiamente tragicomedia?

De este modo, y casi sin que nos demos cuenta, la tragedia se abre, transformándose, en comedia. Como dice Dante Alighieri “La comedia es un género de composición poética distinto de todos los demás. Se distingue de la tragedia en cuanto a la materia, porque la tragedia al principio es admirable y tranquila, pero al final, en el desenlace, resulta triste y horrible; y por eso su nombre procede de *tragos*, que significa *macho cabrío* y *oda*, de donde su significado etimológico es “canto del macho cabrío” esto es, desagradable como el macho cabrío. La comedia, en cambio, suele empezar con algún tema o situación áspera, pero luego termina felizmente (Alighieri, 1965, p. 815).

¿Qué notas tiene, para Hegel, la comedia? Mientras que en la tragedia “los individuos se destruyen por la unilateralidad de sus sólidos querer y carácter, o bien deben asumir resignadamente en sí aquello a que de modo substancial se oponen ellos mismos; en la comedia, con la risa por los individuos que todo lo disuelven por y en sí, nos viene a la intuición la victoria de la subjetividad que sin embargo segura, está ahí, en sí”

(Hegel, 1989, p. 859). Este es el primer y fundamental rasgo de la comedia. En ella se hace evidente la superioridad de la subjetividad frente a la finitud de lo real. Casi como luego aparecerá en Freud, el humor es un signo de la invulnerable afirmación del yo (cfr. Freud, 2012). Por eso “el terreno universal de la comedia es un mundo en el que el hombre como sujeto se ha adueñado por completo de todo lo que, por lo demás, le vale como contenido esencial de su saber y consumir” (Hegel, 1989, p. 859).

Triunfo de la subjetividad frente a la finitud, en tanto que aquella no cae frente a los horrores de ésta. Aunque lo real mantiene su capacidad para destruir, “forman parte de lo cómico en general el infinito buen humor y el optimismo de estar elevado muy por encima de la propia contradicción de uno y no estar negado ni ser desgraciado por ello, la felicidad y la dicha de la subjetividad que, cierta de sí misma, puede soportar la disolución de sus fines y realizaciones” (Hegel, 1989, p. 859).

Así entonces, en la comedia la contradicción -sea entre el bien y el mal, entre lo finito y lo libre- es superada por el buen humor que mantiene aún en el fracaso, una especie de optimismo trágico, porque si bien hay lucha y destrucción, sin embargo y pese a ello, la vida vale la pena. Es más, al releer la última cita uno se pregunta ¿no es así la vida con sentido? ¿no es la vida con sentido esa vida que se sabe estar más allá del dolor y del sufrimiento? ¿no será entonces la comedia el lugar donde se manifiesta primordialmente la autotranscendencia del hombre?

Estas preguntas implican también pensar la comedia separada de la frivolidad, alejándola de la superficialidad con la cual, generalmente, está relacionada. Como afirma Hegel “en lo cómico la contradicción se muestra más profundamente entre lo que es en sí verdadero y la realidad efectiva.” (Hegel, 1989, p. 860). En lo cómico resplandece, podríamos decir, la diferencia entre lo que es y lo que parece. En él el hombre trasciende el instante y puede ver lo real desde la perspectiva propia. Por eso podemos decir que la comedia supera, pero asumiendo en sí, la superficialidad y la frivolidad, en tanto que le permite al hombre superar las apariencias y lo pone en el ámbito de una alegre seriedad.

Esta alegre seriedad manifiesta la superioridad del cómico, la cual radica en que “no está seriamente ligado a la finitud a que se entrega, sino

que permanece elevado por encima de ella y en si mismo firme y seguro frente al fracaso y la ruina.”(Hegel, 1989, p. 862). En relación al humor y el fracaso muchos autores citan las palabras de San Lorenzo quien al ser puesto en la hoguera les dice a sus torturadores: denme vuelta, ya estoy cocido; por eso a San Lorenzo se lo representa con una parrilla a su lado. Así entonces, cuando hablamos de comedia no nos referimos a “ningún juguete meramente agradable o útil, sino a la liberación del espíritu del contenido y de las formas de la finitud, con la presencia y la reconciliación de lo absoluto en lo sensible y fenoménico” (Hegel, 1989, p. 883). De este modo se nos va haciendo clara la importancia de la comedia y del humor en la vida de la persona e incluso, en la cultura de un pueblo. En ella superamos la finitud, en ella el espíritu se manifiesta superior y, finalmente, se integran lo absoluto y lo concreto, lo espiritual y lo sensible.

Sin embargo como afirma Hegel, en la cumbre del arte “la comedia conduce al mismo tiempo a la disolución del arte en general” (Hegel, 1989, p. 883). Es como si la comedia produjera dos efectos, por un lado vuelve al espíritu superior, pero, al mismo tiempo, hace aparecer la vanidad de las cosas. De ahí la forma común de ver a la comedia y al humor relacionados con la frivolidad. Y así como distinguimos, anteriormente, dos tragedias, debemos también distinguir, ahora, dos comedias. Una es la que origina esa “alegre serenidad” de la que hablamos, la que permite ver en lo sensible lo absoluto y manifiesta la superioridad del espíritu. La otra, en cambio, al volver lo finito risible, lo inunda de vanidad y lo vuelve entonces pura banalidad. Esta disolución de lo serio en lo banal es uno de los signos, creo, de nuestra cultura. Así podemos entender la referencia a Kant hecha por Bergson “la risa viene de una espera que súbitamente termina en nada” (Bergson, 1959, p. 427).

La risa en Henri Bergson.

Bergson descubre que la vida, en sí fluída y libre, puede volverse rígida y mecánica. En esas circunstancias el hombre pierde su cualidad humana y se transforma en cosa. Frente a estas situaciones surge la risa, la cual viene a preservar a la vida de la rigidez y a rescatar al hombre de lo inhumano (cfr. Bergson, 1959).

En lo cómico, según Bergson, tenemos que distinguir entre la ironía que es fría, intelectual y referida al otro y el humor que es cálido y se mofa, en cambio, de sí mismo. Pero hay una diferencia aún más relevante para nuestro tema del humor como resiliencia. Mientras que la ironía apunta al bien que debería ser, el humor descende al mal que es. De este modo el humor no está tanto en la vida del héroe como en aquello que nos sorprende a todos en algún momento: el mal. Es por eso que nuestro autor no duda en afirmar que “lo cómico expresa una imperfección individual o colectiva que exige una corrección inmediata. La risa es esa convención que subraya y reprime cierta distracción especial en los hombres y en los acontecimientos” (Bergson, 1959, p. 428).

Desde esta perspectiva la comedia tiene una función social y hasta moral. Ella corrige el mal y muestra, irónicamente, el deber, de modo que apunta a trascender la finitud de la vida. “Lo cómico sería el sueño soñado por la sociedad entera” (Bergson, 1959, p. 407), gracias al cual le quita a la vida social rigidez, automatismo y le devuelve la suavidad y movilidad propia de ella. Por eso lo cómico no es un placer estético sino que busca, como ya dijimos, corregir a la sociedad; cuya forma más propia es la sátira, que muestra la ridiculez de las normas sociales. Lo cómico, tanto en su forma de ironía y sátira como de humor, tiene la función de suavizar las aristas ya sea las de la vida personal como las de la vida social, haciéndonos la vida más vivible.

Bergson hace también una observación sobre el trabajo del cómico que queremos resaltar. Para lograr su efecto el comediante debe actuar como si el público no existiera, esto es, trascendiendo a los demás y más aún pasando incluso para sí mismo inadvertido, como si él se ignorara. Así entonces, para que surga lo cómico hay que “dejarse distraer de sí mismo” (Bergson, 1959, p. 458). Este distanciamiento tanto de los demás como de sí mismo es lo que le permite al cómico observar el exterior, la superficie de las cosas y cómo estas ocurren.

Junto a la relación con el mal y junto a su función social, lo cómico manifiesta una nota más. Vuelve aquí un tema que ya habíamos rozado con Hegel y vimos en Kant. En primer lugar lo que origina lo cómico es la interferencia de dos series de interpretación, una especie de *quid pro quod*, que hace que el espíritu vaya y venga entre dos afirmaciones con-

trascriptorias (cfr. Bergson, 1959, p. 434) De ahí que lo cómico es cierto tipo de absurdo en cuanto que se invierte el *bon sens* (Bergson, 1959, p. 474). Así entonces el humor, paradójicamente más trágico que cómico, se da en el mundo del absurdo, de lo que no tiene sentido.

En segundo lugar, lo cómico también manifiesta la vanidad de las cosas, su falta de seriedad. He aquí una de las razones por las cuales, creemos, la filosofía ha desechado lo cómico: muestra, sin ningún gesto trágico, sin llamar la atención, la fragilidad de lo real. Desnuda lo real de toda pretensión de autosuficiencia y a toda filosofía de toda pretensión de saber absoluto. Además al volver el gesto de humor sobre sí misma la persona rompe con su vanidad original (cfr. Bergson, , 1959, p. 470) y se hace sociable. ¿Acaso no nos resultan simpáticas las personas que se rien de sí mismas, aquellas personas que no se toman en serio?

Esta no seriedad ni de las cosas, ni de la persona que lo cómico desoculta... ¿no nos puede volver también vanos?, ¿no puede acaso descubrir una nada en nosotros mismos y en la realidad misma? Como dice el poeta “no descubras, que puede no haber nada, y nada no se vuelve a cubrir” (Porchia, 1980, p. 108). Con otra palabras, ¿lo cómico no vuelve a la vida sin peso, sin sentido?

De la tragedia a la comedia.

Hemos llegado al punto más serio de este trabajo. Al asumir el tema del humor y la comedia sospechamos que iba a ser un tema ligero y que, en cierto sentido, nos daría una cierta alegría. Pero al terminar las lecturas algo nos asombró. Tanto Hegel como Bergson culminan con un aire sombrío.

Para el autor alemán, luego de los momentos de la tragedia, donde los dioses y los héroes se enfrentan, surge la comedia pero, como ya dijimos, “en esta cumbre la comedia conduce al mismo tiempo a la disolución del arte en general” (Hegel, 1989, p. 983). La superioridad del espíritu señorea la finitud de la realidad, se muestra libre ante ésta. Pero ya no hay más arte. El señorío del espíritu no es el *incipit tragoedia* de Nietzsche sino el fin de la misma. Nuestra cultura o al menos la cultura del siglo XX

¿no se ha caracterizado por hablar de fines, ya sean apocalípticos o suaves? Pero ¿no será ese el precio a pagar para ser señores de nuestros actos?

Para el francés el panorama no es muy distinto. Los párrafos finales de su obra sobre la risa nos habla de cierta vanidad que, analizada en detalle, muestra “un fondo de malicia” (Bergson, 1959, p. 482). En último término la comedia, vista filosóficamente, nos despierta a un pesimismo. Por eso con el humor descubrimos un pesimismo que crece y así el filósofo encuentra en la risa “una cierta amargura” (Bergson, 1959, p. 483). Y nuevamente nos podemos preguntar ¿no es un signo de la cultura del siglo XX un creciente pesimismo? Acaso Frankl ¿no luchó siempre contra el pesimismo y la falta de sentido?

La palabra de la logoterapia.

Es hora de ir desatando nudos y atar cabos. En primer lugar queremos resaltar la importancia que tiene el humor como forma de resiliencia en tanto que, como ya dijimos, nos hace conscientes del mal y así lo corrige; pero también nos muestra un deber ser al cual aspirar. Para ello la ironía se nos manifiesta como una especie de *memento*, no de que vamos a morir, sino que nos debemos a una altura superior como nos recuerda Frankl citando tantas veces a Goethe.

En segundo lugar el humor hace posible la resiliencia en tanto pone distancia tanto de la realidad cuando esta nos agobia, tanto de los demás como también de nosotros mismos, de ahí que reírse de uno mismo es el comienzo de toda cura. Esta capacidad de distancia que conlleva el humor manifiesta la superioridad de la subjetividad, del espíritu. Casi podemos decir que es la raíz de la libertad y de la responsabilidad.

En tercer lugar el humor da cuenta de la espiritualidad del hombre. Como dice Bergson “un cuerpo lleno de gracia y suavidad nos hace olvidar que es materia”(Bergson, 1959, p. 408). La palabra *gracia* tiene en este tema del humor múltiples ecos y nos habla de diversas dimensiones. *Graciosa* no es solo la persona que cuenta chistes -*mot d'esprit*- sino aquella que podemos caracterizar como optimista y cuya presencia nos

alegra. *Tener gracia* la aplicamos a la persona que no tiene dureza en el trato y por lo tanto es sociable. A su vez *gracia* tiene, más allá de su significación propiamente religiosa, un sentido de libertad y de falta de méritos o, con otras palabras, de *gratuidad*, de lo que nos *regalan*.

Estas especulaciones nos llevan al punto, creemos esencial, de este apunte. El humor propiamente se da en la dimensión espiritual -como decía Eco los monos no ríen-, pero sobre todo en la dimensión inconsciente del espíritu. De ahí su carácter irreflexivo, de ahí el que el cómico no tenga que reparar en los demás ni en sí mismo para ser gracioso. Si alguien se da cuenta de lo que está haciendo deja de ser gracioso por tener una actitud estudiada y en el fondo fingida.

Pero el humor esconde, pese a su optimismo, un costado trágico. Si bien supone cierta transcendencia del espíritu, el humor manifiesta la vulnerabilidad de lo real y de lo humano. La comedia supone que uno es consciente de mal que acecha y al mismo tiempo del deber al cuál debe tender. El humor y la comedia manifiestan nuestra vulnerabilidad y por lo tanto vuelven más real, más humano la capacidad de oposición del espíritu.

Conclusiones

De acuerdo a lo dicho podemos esbozar algunas conclusiones.

En primer lugar no cabe duda que tanto el humor y la comedia juegan un papel muy importante en la vida de las personas y en la cultura de un pueblo. En ellos la persona puede trascender la finitud, el espíritu se manifiesta superior a las vicisitudes de la vida y tanto en el humor como en la comedia se integran lo absoluto y lo concreto, lo espiritual y lo sensible. Pero también en ellos se hace patente la vulnerabilidad de lo real y de lo humano.

En esta línea pudimos ver como el humor nos acerca al cuestionamiento de la disolución de lo serio en lo banal. Este es, tal vez y como hemos dicho al pasar, uno de los signos de nuestro tiempo. No queremos decir con esto que la vida tiene que ser vista puramente desde un “sentimiento

trágico” pero podemos percibir cierta alegría vana en nuestra cultura. En este aspecto hemos visto que Bergson manifiesta que el humor despierta pesimismo y la risa conecta con una cierta amargura. Creemos que la noción de optimismo trágico propuesta por Viktor Frankl permite unir la seriedad de lo trágico con lo ligereza de lo cómico.

Como hemos mostrado el humor, propiamente, se da en la dimensión espiritual, sobre todo, inconsciente. Esto conllevaría a dos formas de entender la capacidad de oposición del espíritu. Creemos que una capacidad de oposición basada en la dimensión consciente del espíritu implicaría ver a la vida como un campo de batalla, con lo cual la espiritualidad se volvería rígida, dogmática en el mal sentido de la palabra. Basarla en cambio, en la dimensión inconsciente del espíritu brinda otra concreción a dicha capacidad de oposición del espíritu, mucho más suave y sobre todo dispuesta a la confianza en el otro y en la esperanza.

El humor es una expresión de resiliencia. Proporciona ese distanciamiento necesario para sobreponerse a una situación adversa, al tiempo que lleva a la unión con el bien -que se manifiesta en la alegría- y exige una corrección inmediata de la imperfección individual o colectiva. A su vez y a través de la ironía muestra el deber aún no alcanzado llevándonos así a trascender la finitud de la vida.

Pablo ETCHEHEBERE es doctor en filosofía y trabaja como profesor en la Universidad Católica Argentina.

Referencias

- Aristóteles. (2004). *Poética*. Buenos Aires: Colihue.
- Alighieri, D. (1965). *Obras completas*. Madrid: BAC.
- Bergson, H. (1959). *Le rire. (Oeuvres. Édition du Centenaire)*. Paris: P.U.F.
- Eco, U. (2012). *El nombre de la rosa*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Hegel, G. (1989). *Lecciones sobre la estética*. Madrid: Akal.
- Frankl, V. (1996). *El hombre en busca de sentido*. Barcelona: Herder.
- Frankl, V. (1978). *Psicoanálisis y existencialismo*. Mexico D.C.: Fondo de Cultura Económica.
- Freud, S. (2012). *Obras completas, VIII. El chiste y su relación con el inconsciente, 1905*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Kayser, W. (1964). *Lo grotesco. Su configuración en pintura y literatura*. Buenos Aires: Nova.
- Porchia, A. (1980). *Voces*. Buenos Aires: Hachette.
- Steiner, G. (2012). *El fin de la tragedia*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Tillich, P. (1968). *El coraje de existir*. Barcelona: Estela.